



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2000, YOLANDA REYES  
© 2005, 2013, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición:  
2017, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4721-8  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: abril de 2017

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Ilustraciones: DANIEL RABANAL

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Reyes, Yolanda

Los agujeros negros / Yolanda Reyes ; ilustrado por Daniel Rabanal. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017.

64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4721-8

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Rabanal, Daniel, illus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ABRIL DE 2017 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# Los agujeros negros

Yolanda Reyes

Ilustraciones de Daniel Rabanal

loqueleg

*Para Iván, para Laura y Andrea...  
y para todos nuestros niños, que cultivan  
esperanzas entre los bosques de niebla.*

## PRÓLOGO

### LA HISTORIA DE ESTA HISTORIA

“**O**jalá ustedes nunca tengan que vivir una guerra”, decía mi abuela y cerraba los ojos, como rogándose al futuro. No recuerdo cuántos años tenía yo ni de cuál de todas las guerras hablaba ella. Tal vez se refería a la época de la violencia en Colombia o a otras guerras que ocurrieron cuando yo no había nacido. De lo que sí me acuerdo todavía es de las imágenes que pasaban por mi cabeza mientras la oía. Mi imaginación mezclaba gente comiendo ratas y suelas de zapatos en ciudades sitiadas; y a esas escenas, sacadas de mis libros de historia, les añadía las imágenes fastuosas de otras guerras de película.

Yo era una niña entonces y creía que la guerra era más escandalosa y menos cotidiana: que se tomaba la molestia de avisar antes de entrar a las casas y que tenía una fecha de inicio y otra de final, como en las batallas de mis textos escolares. Pero, sobre todo, creía que las palabras y la presencia

protectora de mi abuela serían suficientes para espantarla de mi vida.

Durante muchos años confié en que el fantasma de la guerra se hubiera quedado en el pasado. Y como esta guerra nuestra fue llegando despacito, sin trompetas anunciándola, la verdad es que no me di mucha cuenta de cuándo empezó. Ahora que lo pienso, siempre debió estar ahí: algunas veces escondida y otras veces más visible. Lo cierto es que no pude librarme de ella y que todos nosotros, los grandes y los pequeños, hemos vivido tiempos difíciles. La historia que voy a contarles nació de esos tiempos difíciles y sucedió en la vida real.

*Los agujeros negros* se publicó por primera vez en una colección sobre los Derechos de los Niños que hizo Alfaguara con el apoyo de Unicef en el año 2000 y en la cual se encargó a los autores de diversos países de habla hispana, desde Argentina hasta España, la creación de un cuento a partir de un derecho de los niños. El derecho que a mí me tocó en suerte decía así: “Los niños tienen derecho a recibir auxilio y protección”. Por esos días se sabía que había niños secuestrados en mi país, que muchos otros sufrían por el secuestro de sus padres y que también había menores en las filas de los distintos grupos armados. Además,

como tal vez les ha sucedido a ustedes, bastaba con salir de la casa para ver niñas y niños desplazados en las calles cercanas, sin tener derecho a nada y menos que nada, a recibir protección o auxilio.

No era fácil escribir un cuento en semejantes circunstancias y, por eso, muchas veces estuve a punto de entregar mi hoja en blanco. Pero, justo cuando iba a rendirme, se me vino a la cabeza una imagen de la historia que van a leer. Me acordé del dolor que sentí una mañana cuando abrí el periódico y encontré la noticia del asesinato de un papá y una mamá, en la que también se relataba cómo su pequeño hijo se había salvado de milagro...

Me imaginé a esa mamá y a ese papá, a los que nunca conocí, usando los últimos instantes de vida para poner a salvo a su chiquito y el cuento empezó a salir de esa imagen que se me había quedado en la memoria y que me seguía doliendo, como una herida abierta. Así como a veces los escritores encontramos el material de los cuentos en una imagen fantástica, feliz o disparatada, otras veces es el dolor el que nos lleva a contar una historia. En este caso, yo necesitaba nombrar un dolor profundo y, para expresarlo, le fui prestando a la historia pedazos de mi propia vida: de mi miedo, de mi amor, de mi confusión y mis lágrimas. Me fui metiendo en la piel de esa mamá y también en la piel de ese niño y

luego en la piel de esa abuela y así, lentamente, los personajes empezaron a cobrar vida.

Durante muchos días trabajé con las palabras, como intentando hacer un regalo a esa familia y a tantas otras familias, conocidas y desconocidas, que han perdido a los seres más amados en esta larga guerra. Quería acompañar el duelo de un niño que crece haciéndose preguntas muy difíciles, hasta lograr entender lo mucho que sus padres lo quisieron, porque creo que el amor y la esperanza a veces se ocultan en donde menos nos imaginamos, como esas flores silvestres que uno encuentra en medio de un precipicio. También quería “congelar” esa última imagen de unos padres poniendo a salvo a su hijo, pues creo que eso es lo que deberíamos hacer los adultos: poner en primer lugar a todos nuestros niños.

Ese primer lugar que se merecen los niños no es un favor, sino un derecho, y está consagrado en los tratados internacionales que protegen a la infancia, lo mismo que en las constituciones políticas de nuestros países. Yo tengo la esperanza de que si todos conocemos los derechos de los niños, si los tenemos presentes en nuestras decisiones cotidianas y si exigimos su cumplimiento, las palabras irán cobrando, poco a poco, una dimensión más real.

*Los agujeros negros* recoge esa mezcla de sentimientos: desde el dolor hasta la esperanza. Así como son reales los momentos tristes, también es real ese lugar maravilloso, en la Reserva Forestal de San Juan del Sumapaz, donde hay una inmensa Fábrica de Agua que nace entre los bosques. Ese paraíso, que los padres de nuestro personaje quisieron preservar para sus descendientes, puede ser un símbolo de las enormes “reservas” con las que contamos. Algunas de esas reservas se asoman entre bosques de niebla y otras se pueden visitar con la imaginación. Y en todas ellas siempre es posible cultivar una flor, especialmente cuando los tiempos parecen más difíciles.

Como me he pasado tantos años compartiendo historias con los niños, sé que hay que hablar de los tiempos difíciles y creo que, tanto los niños como los adultos, necesitamos nombrar las cosas que más nos duelen, precisamente porque nos duelen. Sé también que el silencio puede ser muy doloroso. Quizás por eso intenté dar palabras a *Los agujeros negros*.

Yolanda Reyes

Bogotá, noviembre de 2005

— **A**bue, tengo miedo.

—¿Del lobo?

—Sí, del lobo.

—El lobo se queda aquí encerrado —dijo la abuela y cerró el libro—. Los lobos no existen.

—Claro que existen. En el bosque hay lobos y tigres y leones. Yo he visto lobos en los bosques de la televisión.

—Pero nosotros no vivimos en el bosque. En Bogotá no hay lobos.

—¿En el campo hay lobos, abuela?

—No. Los lobos viven en países muy lejanos. En bosques donde hace mucho frío.

—En el campo hay un bosque. ¿Estás segura de que en el bosque del campo no hay lobos?

—Completamente segura.

—Yo me acuerdo del bosque, al lado de la casa. Yo jugaba a esconderme y papá jugaba a

encontrarme. El bosque tenía una alfombra. ¿Por qué había una alfombra en el piso del bosque?

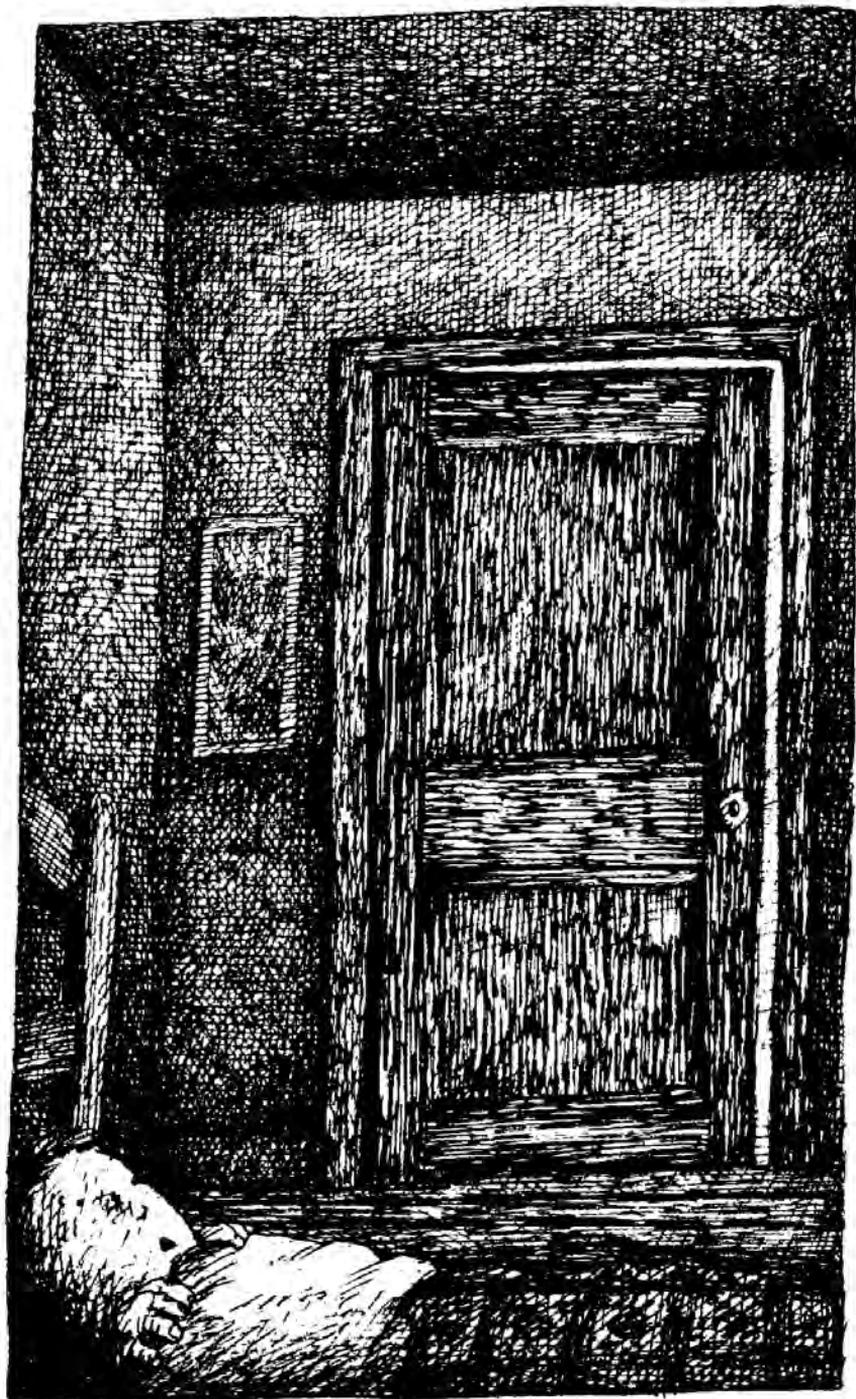
—No sé.

Siempre contesta “no sé” cuando hablo del campo. “No sé” cuando hablo de papá y del bosque. Dice que no se acuerda del bosque. Dice que está perdiendo la memoria. Dice que los bosques no tienen piso de alfombra. Pero yo le digo que sí tienen. Mi bosque era enorme. Yo me perdía y papá me encontraba.

—Debe ser una alfombra de musgo —me dijo el tío Ramón, una noche cuando le puse el tema. Había venido de Medellín a hacer un trabajo y se quedó a dormir en nuestra casa—. ¿Qué más recuerdas del campo?

—La quebrada. El agua era transparente y el fondo negro. Era una quebrada oscura, como un agujero negro, pero bonito. Porque también hay agujeros negros feos.

La abuela dejó de lavar los platos y nos interrumpió. Prefirió dejar los platos sucios, con tal de interrumpirnos. Le dijo al tío Ramón que era muy tarde, que mañana había colegio y que tenía que dormirme ya. Le hizo cara de “más tarde hablamos”. Esa cara que ella hace siempre, cuando vienen las visitas, y yo empiezo a dar vueltas por ahí. Yo conozco esa cara y la llamo Cara de Misterio.



Sé que hay cosas de las que ella no quiere hablar. Y también sé que hay agujeros negros en la noche. Yo los he visto. Cuando ella ya se ha ido a su cuarto, cuando acaba todos los cuentos que se sabe. Cuando apaga la luz y solo deja encendida la del corredor para que yo no me asuste y ella tampoco. En nuestra casa siempre está encendida la luz del corredor, pero los agujeros negros siguen ahí. Ella lo sabe, así se haga la valiente.

—Al niño hay que protegerlo por encima de todo —le dijo esa noche a mi tío Ramón. Hablaba como regañando o como llorando, no sé. Al tío Ramón no le importó el regaño y siguió hablando. Yo me hacía el dormido para poder oír.

—Si te hace preguntas es porque quiere saber más. Quiere saber del bosque.

—Es un niño. Y mi deber es protegerlo.

La voz del tío Ramón sonaba como un susurro. Yo sólo entendí las frases de la abuela.

—No, mientras yo viva. Y voy a vivir muchos años para cuidarlo. Voy a vivir hasta que sea un hombre hecho y derecho y ya no me necesite. Se lo prometí a Margarita.

La abuela cerró la puerta de su cuarto y el tío Ramón siguió hablando solo:

—Las cosas no desaparecen sólo porque dejes de nombrarlas —le dijo a la puerta. Cuando

la abuela no quería hablar, era igual que hablar con una puerta.

Al otro día me desperté y Ramón ya no estaba. La abuela dijo que el avión salía muy temprano para Medellín y que por eso se había ido sin despedirse de mí.

—Te dejó muchos besos y que te quiere mucho.

Quería preguntarle por qué la gente que me quería mucho se iba sin despedirse, pero me salió una pregunta distinta:

—¿De ti sí se despidió, abue?

Ella me contestó con otra pregunta:

—¿Quieres Milo o cereal?

Esa mañana, frente a un vaso de leche con agujeros de chocolate, pensé que tenía que averiguarlo.



—¿**A**veriguar qué? —me dijo Violeta, cuando se lo conté el lunes en el recreo.

Yo no encontré bien las palabras. Hice Cara de Misterio y pensé que me estaba pareciendo a la abuela. De tanto vivir con ella, seguro.

—Averiguar qué pasó esa noche —dije por fin—. Cuando... ya sabes...

—¿Cuando se murieron tus papás y te quedaste huérfano?

—Sí, huérfano.

Pronuncié despacio cada letra como si fuera de otro idioma. Huérfano era una palabra de cuentos o de películas tristes, una de esas palabras casi tan irreales como el lobo, que la gente nunca decía en las visitas y que la abuela solo usaba para llenar los papeles del seguro o para fechas importantes como el primer día de colegio.

—Te quedaste mudo, Juan —dijo Violeta—. No me digas que te volviste tan sensible como mi mamá.

—¿Qué tiene que ver tu mamá?

—Que ayer le dije “divorciada” y se puso a llorar como si le hubiera dicho una grosería.

Me gustaba Violeta. Aunque estaba dos cursos más arriba, era mi mejor amiga. La única persona, además de la abuela, que me conocía de verdad. Pero ella era distinta. A cada cosa la llamaba por su nombre.

—Tienes que ayudarme a averiguarlo, Violeta. Tu mamá y la mía eran las mejores amigas.

—Dame unos días para investigar... Yo creo que el viernes voy a tener alguna pista. Además, me fascina resolver enigmas.

No se me había ocurrido que yo fuera un “enigma” y me gustó oírsele decir porque a las mujeres les fascina el misterio y eso me daba puntos. Ninguno de su clase, ni siquiera el capitán del equipo de fútbol, tenía un enigma verdadero para descubrir.

—Espero tus pistas —dije, tratando de sonar como un detective.

El viernes por la tarde, la abuela me llevó a la casa de Violeta. Era parte de nuestro plan.

—¿A qué horas vengo a recogerlo, Violeta? —preguntó la abuela.

—Un momento, averiguo —contestó ella. Entró hasta el fondo del apartamento y volvió con la respuesta:



—Más o menos entre siete y ocho.

—Entonces, hasta luego. Y dale saludos a Ángela.

—Sí, señora —dijo Violeta y cerró la puerta.

—¡Tengo tantas pistas que no sé por cuál empezar! —gritó emocionada.

—No grites que tu mamá nos oye, se lo cuenta a la abuela y se acaba nuestra investigación.

—Mi mamá llega tarde. Hoy tiene una reunión de trabajo.

—Entonces, ¿a quién le preguntaste lo de la hora?

—¿Cuál hora?

—La que le dijiste a mi abuela. Que podía venir por mí entre siete y ocho.

—Pues a nadie. Fui hasta el cuarto de mamá, miré su despertador y me imaginé lo que habría contestado ella. Siempre dice una hora así, no muy exacta, para dar un margen. ¿Cuándo vas a avisarte un poco? Para ser detective, te falta imaginación.

—¿A qué horas vuelve tu mamá?

—Dijo entre nueve y diez. O sea que a las once, por temprano.

—¿No te da miedo quedarte sola cuando yo me vaya?

—No seas ridículo. Ya no soy una bebé. Acompáñame a la cocina y hacemos la comida para poder mostrarte el tesoro.

—¿Comer a esta hora? No tengo hambre.

—Yo tampoco, pero luego vamos a estar muy ocupados.

Yo la admiraba porque sabía preparar una comida, como si fuera grande. Y mientras dos piernas de pollo daban vueltas en el microondas, me empezó a contar lo que había investigado.

